



I. ESCENARIOS

I. SCENERIES

Coordinación / Edited by *Cristina Peñarín, Elizabeth Parra*
y *Beatriz Ammann*.
Con la colaboración / Collaboration of *Adriana Boria*

Presentación. Semiosis y feminismos*

Introduction. Semiosis and feminisms

CRISTINA PEÑAMARÍN, BEATRIZ AMMAN Y ELIZABETH PARRA

(pág 11 - pág 13)

Este volumen de *deSignis* busca, en primer término, ser un lugar de encuentro entre ámbitos de estudio feministas y semióticos, orientados desde intereses, tradiciones y formaciones en buena parte diferentes, pero también en parte confluyentes, dado que las construcciones de sentido —objeto de la semiótica— han sido siempre centrales para el feminismo.

Desde muy temprano, el feminismo defendió que *la mujer se hace* por medio de los sentidos comunes acerca de lo que es ser alguien en nuestra sociedad, inescapablemente mujer u hombre, y de la jerárquica distribución de valores, competencias, tareas, formas de vida que eso implica. Las lecturas de los medios de comunicación y la cultura de consumo de la década de 1970 (de Eco, Barthes y Baudrillard, incluyendo el Goffman de *La ritualización de la femineidad*) inspiraron incontables investigaciones que, desde una orientación semiótica, han buscado *desvelar*, en las representaciones de la cultura masiva, literaria, audiovisual, las construcciones de la feminidad y la masculinidad inscritas en los lugares comunes del lenguaje verbal, del comportamiento, los gestos, los atuendos, los rituales, en los muy diferentes ámbitos de comunicación y tipos de discursos.

Aquella semiología primera, trufada de las sociologías y filosofías críticas del momento, proporcionó fundamentalmente un modo nuevo de mirar, de leer las cosas como signos de un sistema, una ideología, que se popularizó velozmente y enriqueció la reflexividad social orientada desde el feminismo, entre otras perspectivas. A partir de entonces, tanto la semiótica como el feminismo comenzaron a cuestionar sus propias miradas y a ampliar sus respectivos campos de reflexión. La noción de ideología, por ejemplo, fue reemplazada por la de relaciones discursivas, lo que implica prescindir de “la ilusión” de una verdad última por desvelar o de un conocimiento “auténtico”, definitivo e incuestionable (Demaria). Como los demás ámbitos del saber, la teoría feminista y la semiótica están siempre haciéndose, y a cada momento y generación le corresponde preguntarse qué necesitamos pensar hoy o cómo empezar de nuevo, en las condiciones actuales, a rehacer el tipo de atención y de conocimiento que aportan nuestras disciplinas.

Los estudios de género contribuyeron decisivamente a la crítica de la noción de que la representación se basa en una relación transparente, neutral e inmediata con lo representado, para considerarla como terreno de poder, de conflictos y negociaciones, y como la consecuencia de prácticas complejas de articulación y traducción entre sujetos, lenguajes e intereses diversos. Y, en su avance, esos estudios colaboraron claramente con el cuestionamiento de los fundamentos en que se asentaba el sistema dicotómico del pensamiento moderno: hombre/mujer, material/simbólico, razón/sentimiento, biológico/cultural, etc. Así quebraron el binarismo sexual, su jerarquización implícita o la obligada heterosexualidad. Al revisar las nociones de sexogénero, los estudios pusieron el foco en la producción material de los universos simbólicos, incluido el género y los modelos de masculinidad y feminidad, junto con el carácter semiótico de lo corporal y de lo material, generado, a su

vez, mediante prácticas de actuación productiva de realidades (o performativas). Vemos abrirse una perspectiva de indagación semiofeminista centrada en el cuerpo, en la que ponen su atención muchos trabajos de este campo (Boria; Peñarín y Fernández Romero, y Sciarano y Rubinstein). También se propone “pensar la performatividad como un foco común entre un lente semiótico y un lente feminista” que explore los sistemas de significación y los modos en que “producen efecto” (Voto).

Hoy, cuando el sentido se entiende como una forma de hacer, de intervenir activamente en el mundo, se proponen estudios sobre “el hacerse del sentido social” y el modo en que se convierte en sentido común y hábito, tendencia a la acción (Violi), incluida en esta dinámica de tras/formación del sentido común la construcción de subjetividades entrelazadas con las formas de dominación. Los feminismos indagan “los significados y las representaciones que intervienen en los procesos de interpretación e identificación de un sujeto, que ya no es neutro y universal, sino sexuado y marcado por su identidad de género” (Demaria). La semiótica actual se plantea la necesidad de abordar “las prácticas de construcción, negociación, intercambio de sentido que construyen lo ‘social’ en tanto que universo de sentido” (Moreno Barreneche).

Si el feminismo es “sobre todo un modo diferente de pensar el sujeto y la subjetividad y, en consecuencia, de imaginar formas de sentido inéditas y nuevas” (Violi), en el terreno de la subjetividad, el pensamiento feminista ha promovido reflexiones y debates ciertamente iluminadores. Su crítica alcanza al individualismo moderno y su ideal de sujeto soberano, autónomo y autosuficiente, para proponer una perspectiva ontológica y ética desde la que nos reconozcamos como seres interdependientes, ligados a un mundo social, simbólico y material del que somos parte. En esta perspectiva semiofeminista, el sujeto habría de pensarse como “intrínsecamente relacional e interdependiente” (Peñarín y Fernández Romero).

Al criticar al sujeto neutro y universal —y a la igualdad entre las mujeres como tendente a homogeneizarlas, invisibilizarlas y asimilarlas al sujeto masculino dominante presupuesto como norma—, el pensamiento feminista desemboca en una “concepción de las diferencias en plural, influida por el posestructuralismo y por las voces de mujeres no blancas y no occidentales” (Demaria). La diferencia escapa al sistema de contrarios, elude la oposición de lo diferente a lo mismo y las lógicas de identidad universalizantes, para sugerir diferencias múltiples y excéntricas, para atender a lo singular, lo particular, lo oprimido y lo fronterizo, con el objeto de procurar otras “desujeciones posibles” (Enrico) o de crear, por ejemplo, en la literatura, “otras posibilidades de convivencia y de experiencia para los cuerpos sexuados” (Fuentes Bustamante, Paleologos y Xouplidis). Sin embargo, cabe preguntarse por las consecuencias para el feminismo de la pérdida de unidad del sujeto. ¿Puede haber un movimiento sin sujeto? o ¿cómo afecta al feminismo el sujeto múltiple y descentrado? Las multitudinarias movilizaciones feministas de los últimos años han implicado la más amplia diversidad de mujeres, lo que pide “una consideración semiótica de identidades múltiples en espacios fractales para la dimensión política de la movilización feminista” (Pedraza Bucio y García Aguilar).

En lo político, el feminismo se encuentra en una situación paradójica. Sobre todo, tras el movimiento #MeToo, en ciertas áreas del globo se ha convertido en lugar común: Sciarano y Rubinstein se refieren a un locutor de TV en Argentina que, tras mostrarse públicamente como sospechoso de machismo, se “resemantiza” como filofeminista al vestir

una camiseta con una de las consignas del movimiento trans y enarbolar un pañuelo morado; Monter León observa estrategias para vender ropa y cosméticos a las mujeres mediante el uso de un lenguaje feminista; *Teoría King Kong*, un libro queer de lenguaje virulento que pone en debate la prostitución como derecho o el matrimonio como prostitución, alcanza un éxito internacional de ventas (Marc); la serie de público masivo *Game of Thrones* pone en escena alternativas a la heteronormatividad y los valores de género tradicionales, aunque finalmente las cierra de modo convencional (Gómez Ponce).

La mayoría de los políticos se cuida de expresarse de forma políticamente correcta en lo que hace al feminismo, pero en esos ámbitos sigue habiendo tantos indicadores de discriminación de género que es evidente que el feminismo (o ciertos aspectos de este) puede ser un lugar común que esté muy lejos de alcanzar el objetivo básico de igualdad entre los géneros, por lo que la resistencia, la denuncia, la lucha por la igualdad, por lo evidente, siguen siendo imprescindibles, si bien han de situarse entre lo ya dicho, lo pasado y lo que aún no se puede decir. Los feminismos se adhieren a la experiencia de las mujeres y de las personas que se sienten devaluadas o discriminadas por razones de género. Y, continuando con cierta línea de reflexión, en la experiencia de las mujeres concretas no podemos omitir las múltiples discriminaciones en las que se inserta su ser mujer racializada, migrante, pobre, “monstruosa”, por lo que, desde esa propuesta, la perspectiva feminista debe atender a la intersección entre las diversas relaciones de poder, así como a las formas de resistencia y recreación con base en hablas no normalizadas, que pueden “ennegrecer el feminismo” (Cornavaca. Ver también Fuentes Bustamante, Paleologos y Xouplidis; Gallego Benot, y Bracamonte).

En la situación actual hay que tener en cuenta también que el discurso feminista cristalizado como lugar común (como “ideología de género”) ha sido convertido en enemigo clave por una nueva derecha política ascendente en Europa y las Américas. Si antes era a menudo denigrado, considerado irrelevante o despreciado, ahora el feminismo es tratado por esa ultraderecha como un poder que impone una perspectiva dominante, a ser combatido por quienes se resisten a esa imposición que alcanza lo más íntimo. Presentado como enemigo de la libertad personal y política, el feminismo se enfrenta a una imagen monstruosa de sí mismo, por lo que tiene que lidiar con su negación absoluta en un terreno de odio y rabia, un sentimiento que, por cierto, enfrenta también a las feministas entre ellas en ciertos puntos (Saiz Echezarreta y Gómez Lorenzini). El diálogo es componente básico de la constitución de sí, de la vida social y cultural (Boria), pero se hace imposible en la negación violenta del reconocimiento, de la necesidad de la alteridad y la diversidad, así como de un terreno de sentido parcialmente común.

Las líneas que conforman este amplio y estimulante campo de problemas se cruzan en los artículos de este número, organizados en apartados temáticos que se complementan, en la sección «Punto de vista», con la extensa introducción al libro *Teorie di genere: femminismi e semiotica*, de Cristina Demaria con Aura Tiralongo, realizada para su segunda edición, de 2019.

NOTAS

* Todos los nombres citados entre paréntesis corresponden a autoras/es de este volumen.

Atribución-NoComercial-CompartirIgual
CC BY-NC-SA

